

tez, de los colores, de las localidades, del cálculo, del orden y de la individualidad, nos enseñan cuáles son los objetos de este mundo exterior que hieren nuestros sentidos, ó las impresiones que producen en nosotros; las de la eventualidad y del tiempo nos dan idea de la sucesion de los fenómenos; la de los tonos nos relacionan con las vibraciones sonoras; y la de la constructividad nos enseña á reproducir por la materia, como la mimica, la alegría y el lenguaje, nos conducen á explicar nuestras sensaciones, y á comunicar á nuestros semejantes nuestra vida interior de instinto, de sentimiento y de pensamiento.

Se ve, pues, que la palabra *inteligencia*, aplicada á todas estas facultades, no tiene nada de rigoroso, porque ya son puramente perceptivas, ya únicamente creadoras, ó bien al mismo tiempo perceptivas y creadoras.

En definitiva: el mecanismo de estas facultades intelectuales es el mismo que el de las anteriores, y para convencernos veamos como funcionan.

Nosotros recibimos una impresion que modifica nuestra sensibilidad: 1.º, si esta modificacion, que nunca es espontánea, sino siempre consecutiva á la impresion, consiste en una escitacion de ciertas visceras, y nos conduce á ciertos actos que tienen por objeto la satisfaccion de nuestras primeras necesidades; esto es lo que se llama instinto: 2.º, si es una emocion que nos da la conciencia de nuestra vida interior y de la vida que nos rodea; esto es un sentimiento: 3.º, si es la imájen de un objeto material, la percepcion ó la expresion de sus cualidades fisicas; esto es la inteligencia. He aquí lo que nos enseña la observacion imparcial y rigurosa. Veremos en seguida lo que es la reflexion.

Estamos convencidos, por una porcion de hechos, que las necesidades instintivas y morales, contenidas en sus justos limites, conducen al cumplimiento regular de las funciones; que cuando pecan por exceso ó por defecto, el organismo tiene que sufrir de la misma manera, y que el hombre hallándose solicitado á cada instante por la accion de sus necesidades, es sin cesar arrastrado al bien ó al mal, segun el predominio de estas sollicitaciones. En cuanto á las necesidades intelectuales tienen menos influencia sobre la vida moral del hombre. Es evidente que se puede ser mas ó menos hábil en las artes, mas ó menos distinguido en las letras, mas ó menos instruido en las ciencias, y presentar el mismo grado de moralidad. No examinaremos, pues, en detalle los resultados del mayor ó menor

desarrollo de las facultades intelectuales en particular; pero insistiremos sobre la accion de algunos de sus grupos.

Notemos desde luego que su desarrollo es un signo de equilibrio en el organismo; y ocupando su actividad al hombre, durante un cierto tiempo de su existencia, no se abandona esclusivamente á las anteriores. Si faltan, faltan los materiales para la inteligencia, falta tambien la disposicion para las ciencias, para las letras y para las artes, de donde resulta un vacío en el espíritu, una tendencia á la holgazaneria, y un amor ciego á todas las pasiones, y sobre todo á las egoistas; á las que proporcionan placeres mas groseros; á las que mas perturban la máquina animal; que aniquilan mas profundamente, y precipitan mas pronto hácia la destruccion final. He aquí hechos: estos hechos abundan en las prisiones. Esto pertenece á la vez á la moral y á la fisiologia. Cuando por el contrario las facultades de que nos ocupamos llevan la ventaja sobre las otras, es tambien un mal; pero un mal menor. El hombre está como abstraído, sea por las concepciones de su imaginacion, sea por sus inspiraciones artisticas, sea por sus estudios positivos, y olvida el cuidado de si mismo, y algunas veces los principios del honor y del deber; no es verdaderamente mas que un instrumento de talento mas ó menos eminente; pero carece de valor moral, y la irregularidad de su vida y el desorden de sus acciones, no solamente le quitan toda consideracion personal, sino que dañan el resultado de sus empresas; abrevian su existencia, é impiden el cumplimiento de su destino. Este, pues, no es un hombre completo.

Sin embargo, el desarrollo mas ó menos pronunciado de las facultades pèrceptivas, puede encontrarse en mil relaciones diferentes con las otras facultades, y resultarán de estas combinaciones mil caractéres diversos, que pueden concebirse facilmente, y de que no es difícil tampoco hallar ejemplos á nuestro alrededor. Observemos tambien que muchas de estas facultades imprimen al individuo un sello particular. Asi, por ejemplo, las de las *localidades*, de la *figurabilidad*, de la *estension*, de la *pesantez* y de la *individualidad*, hacen á los hombres de detalles, positivos y hábiles en todo lo que es descriptivo. El *cálculo*, el *orden* y el *tiempo* son muy favorables á la regularizacion de la vida, y hacen á los hombres cuidadosos, meticulosos, de manías y muchas veces rutinarios. La *eventualidad*, sobre todo cuando está reunida á la *individualidad*, da mucho precio á la educacion, y hace fácil el mejoramiento del individuo. En cuenta á la *mímica*, á la *alegria* y al *lenguaje*, hacen



al hombre muy espresivo, muy solícito para hablar, le dan el deseo de ponerse en relacion con sus semejantes, comunicarles sus pensamientos, y obrar sobre ellos por el gesto, la palabra y el sarcasmo. El desarrollo extremo de estos diferentes grupos de facultades, ó solamente de uno de ellos, basta muchas veces para producir un hombre extraordinario, un génio especial, y se tiene indulgencia de sus defectos: tolerancia digna; pero que no debe hacernos olvidar que el hombre, antes que poeta, artista, sábio, y antes de todo, es hombre, y cuanto mas eminente es por cualquiera cualidad particular, mas está en el deber de poner, por sus esfuerzos continuos, y por educacion ilustrada, á sus demas cualidades en armonía con aquella de que la naturaleza le ha dotado generosamente.

Si las facultades intelectuales están en general deprimidas, hay un vicio radical, que no puede remediarse de otro modo que por una vigilancia continuada, y rodeándose de buenos ejemplos, condiciones que no son muy dificiles de cumplir. Si estas facultades son en general predominantes, es necesario dirijir su aplicacion hacia las afecciones y sentimientos que les imprimen ese vigor que admira, y les anima con ese entusiasmo que obra maravillas.

Si el defecto no obra sino sobre algunas de ellas, el mal es menor y el remedio mas fácil, porque muchas veces se suplen unas á otras y, si la reflexion es fuerte, esta imperfeccion es la menos funesta de todas, y el hombre aun puede ser tomado por modelo. Lo mismo es si algun grupo ó alguna facultad aislada predomina. La sociedad seria muy dichosa si no pudiera echar en cara á sus individuos mas que estos defectos.

Vamos á tratar ahora de las facultades reflexivas, porque todo lo que digamos de la inteligencia será incompleto si no las hemos comprendido.

#### COMPARACION—CAUSALIDAD.

Comparar las percepciones unas con otras, los signos con sus causas, las percepciones con las causas y con los signos y estos con las causas; tal es la funcion de la primera de estas facultades. La segunda viene despues, y en vez de limitarse á la comparacion, va hasta la induccion que, en vista de dos hechos, considera al uno como causa y al otro como efecto; es decir, á este producido por aquel. Pero no se limita á esto la causalidad; porque cuando en-

cuentra un hecho que no puede relacionar con otro anterior como efecto, falla que hay una causa, y á falta de percepcion á que pueda referirse la nocion de esta causa, la encamina á los sentimientos y la confia á la veneracion. Estas facultades son las que constituyen con especialidad la razon, y son las que sirven esencialmente á la moral para comparar las acciones buenas con las malas, y se remontan á las causas de unas y otras. El que sabe que una accion es reprehensible, por qué lo es, así como cuál es su móvil, está ya medio corregido.

Pero antes de desarrollar el papel que hace la razon en lo moral, veamos cómo las dos facultades de que hablamos pueden pecar por exceso ó por defecto.

El exceso es mas raro y trae menos perjuicios al organismo; sin embargo, si se trata de la comparacion, tenemos hombres que no hablan mas que comparaciones, y que por consecuencia carecen de rigor lógico; se fian de analogias falsas, y son arrastrados de error en error, de falta en falta.

Si la *causalidad* le domina, como no está en relacion armónica con las facultades perceptivas y con los sentimientos, induce siempre mas allá de los límites racionales; ve efectos y causas donde no hay mas que coincidencias, porque concluye precipitadamente; porque no espera, para entregarse á las conclusiones, que la esperiencia pronuncie sobre ellas.

¿Lo que aqui decimos es imaginario, ó es una cuenta fiel de lo que pasa todos los dias á nuestra vista? Aqui no hacemos mas que relacionar estas circunstancias de la vida humana á causas fisiológicas. Lo mismo haremos respecto á las que tienen relacion con la falta de *comparacion* y de *causalidad*, y encontraremos en el mundo una porcion de ejemplos, porque las organizaciones de que hablamos abundan. De la falta de estas facultades resulta una incapacidad intelectual que hace imposible todo espíritu de invencion; el hombre está reducido al simple papel de copista; no sabe abrir camino á la actividad; no vuelve nunca su pensamiento á si mismo; permanece extraño al mundo de la reflexion, y disipa su vida toda exterior en el huracan de las impresiones, ignorando lo que és, no sabiendo dónde va, desprovisto en fin, de esa alta razon que hace al hombre dueño de la tierra, y sobre todo dueño de si mismo. En nombre del organismo pedimos á las facultades de *comparacion* y *causalidad* su poderoso socorro para moralizar al hombre; es decir, para desarrollar regularmente sus facultades, sin peligro de error, y segun la di-



reccion mas conforme á su destino. Ellas son, secundadas por las facultades perceptivas y por los sentimientos, las que nos enseñan á conocer el corazon del hombre, las que nos enseñan tambien cuáles son las circunstancias de su organizacion y de su exterior, que le conducen al bien, ó le arrojan al mal; y por último, son las que nos dan la concepcion de una ley de la actividad humana; ley moral, ley fisiológica.

## CAPITULO II.

### **De la ley moral y de la educacion.**

Nuestra tarea se hace mas y mas difícil, porque en esto no hay antecedentes. Hace mucho tiempo que se ha dicho que es preciso sacar de la fisiología los principios que deben dirigir al hombre en su conducta. No ha mucho que se ha proclamado que la frenología era la encargada de verificar esta revolución, y sin embargo, queda por demostrar, entre todos los hechos morales, una ley que les sea comun, que los reasuma, y se les imponga como una necesidad fisiológica. Falta á nuestra época una *higiene moral*.

No lo es todo en efecto explorar sábiamente el terreno de la inteligencia humana, levantar el velo del origen de nuestros conocimientos, y relacionar las pasiones á la organizacion y á sus modificadores; este cuadro vivo, animado, poético y real á la vez, de la actividad del organismo, nos instruye, nos ilumina, pero no basta. Cuanto mas bello y mas verdadero es, tanto mas necesita un buen criterio para juzgar, una regla para conducirnos.

Hemos visto en los tres artículos del capítulo precedente, que todas nuestras necesidades son intrínsecamente buenas; nuestras pasiones son las únicas aviesas, porque todas son *necesidades pervertidas* que nos esclavizan. Para que nuestras necesidades se mantengan buenas, es menester que sean todas satisfechas de una manera armónica y dentro de los límites del deber; no siendo así degeneran en *pasiones*. El límite que separa la necesidad de la pasión, el bien del mal, no es mas que una simple línea; y esta línea es la del deber. A derecha é izquierda hay dos abismos, tanto mas peligrosos en cuanto su pendiente es agradable y casi insensible.

Una vez caído en el precipicio, en él se queda el cobarde; pero el hombre brioso se alza y consigue salir. Al caer acredita el hombre su flaqueza; al levantarse atestigüa su virtud.

Lo que hemos dicho de cada una de las facultades puede y debe aplicarse á su conjunto. Si todas tienen igualmente el derecho de desarrollarse, ninguna está autorizada para sofocar á otra, ninguna está llamada á defender su dominio, y la armonía debe resultar del desarrollo de cada una y de todas. Si la organizacion fuese perfecta; es decir, si todas las partes estuviesen bien proporcionadas, la direccion de esta actividad seria fácil, y la ley fisiológica ó moral seria la constitucion misma de cada individuo. Pero esto no es así, porque las organizaciones de los hombres difieren hasta lo infinito unas de otras, y en cada hombre las diferentes partes de la organizacion están desigualmente desarrolladas, y por lo mismo las diferentes facultades están distribuidas con desigualdad en cada uno. Estos son hechos de observacion muy anteriores á la frenología; pero que la frenología solo explica satisfactoriamente: los caracteres varían hasta el infinito, como los talentos, las inclinaciones, las buenas cualidades y los defectos. El hombre no sabria hallar en él solo la ley de su actividad, y por esto está menos autorizado para imponer á los demas la que hubiera creído ser en su sentimiento íntimo. Para convencerse de esta verdad, si su conciencia no le basta, que interroge á su organizacion, y verá en seguida que el desarrollo de su cérebro peca, sea por exceso, sea por defecto. He aquí un medio de disminuir su orgullo y disponerle á recibir consejos; he aquí al mismo tiempo una respuesta á los filósofos que pretenden sacar la ley moral de los fenómenos de la ciencia y de la revelacion de si mismos.

Que el hombre, en vez de cegarse así sobre su propio mérito, estudie á sus semejantes, sus organizaciones y sus actos, alrededor de él y en la historia, y que aprenda á leer en estos cuadros, á reconocer todas las facultades, aun aquellas que le faltan, y los órganos á que están relacionadas. Que se ejercite en apreciar el exceso y el defecto de cada facultad, á apoderarse de su desarrollo en el momento que principie á ser irregular, ó se desvie de su camino primitivo, ó pase el límite y se cambie en abuso, y que relacione cada una de estas maneras de actividad con el modo de organizacion que le corresponde. Entonces y solo entonces conocerá al hombre, comprenderá su ley fisiológica y moral, y esta ley será aceptada por todos los hombres, porque no será un hecho particular, sino



el resultado obtenido por la observación de todos los hechos conocidos; resultado humano y fisiológico.

Esta ley, ya lo hemos dicho, es la *armonía de las funciones*.

Que el hombre obedezca á los impulsos del organismo, que satisfaga sus necesidades, que desarrolle sus facultades; pero que no sacrifique á ninguna; que limite en fin el desarrollo de cada facultad por el de las otras. Por esto con razon dice el fisiólogo al hombre: desarrolla *todas* tus facultades; *todas* decimos y no una ó muchas únicamente; *todas*, á fin de que cada una tenga la parte que le pertenece, y que los *instintos* no opriman á los *sentimientos*, ni estos á la *inteligencia*, ni esta á los unos ni á los otros.

He aquí un principio que proclamamos altamente, porque es la expresión de un gran hecho, porque tiene la autoridad de la historia y la de la organización, porque es positivo, simple, inteligible, largo y fecundo, porque nos hiera con la más brillante de las verdades.

Se vé cuán distante está este principio del egoísmo, pues que entre las facultades de que se deriva hay una multitud que están infinitamente por cima de esta esfera instintiva.

¿Puede conciliarse con la moral de abnegación? ¿Podremos pedir al hombre el sacrificio de su organismo en nombre de una sola facultad?

Toda facultad del hombre, cualquiera que sea, desde la más inferior hasta la más elevada, tiende á destruir la organización, y conduce á esta destrucción cuando nos entregamos á su desarrollo exclusivo. Si la necesidad que se ha satisfecho á espensas de las demás es de baja escala, si es instintiva, si se trata, por ejemplo, de la generación ó de la nutrición, y si el hombre sucumbe á la glotonería ó al libertinaje, este sacrificio, debido á un goce puramente sensual, tiene algo de ignominioso. Si la necesidad dominante, causa de la destrucción, está más elevada en la escala de las facultades humanas, tiene el hombre más excusa cuando se deja arrastrar por ella. Pero cuando hemos cedido á la exigencia de una facultad superior, como la *benevolencia*, la *justicia* etc., este sacrificio de la vida es entonces una abnegación noble. En todos casos, hemos obedecido á un impulso enérgico de nuestra organización; pero primero hemos hecho prueba del instinto ciego, de la animalidad; en el último nos hemos mostrado ser moral é inteligente en grado supremo.

Suponed la armonía perfecta en nosotros y fuera de nosotros, y

no hay lugar á la abnegacion; pero en el estado de imperfeccion de la sociedad actual, la abnegacion es alguna vez el único camino abierto al hombre que no quiere faltar á sus nobles facultades. Cuando el hombre se ve en la necesidad, para conservar la vida, de faltar á alguna de las necesidades morales que hemos espuesto, llama á todas sus facultades, y en este caso, como en todos los otros, nada debe hacer que sea reprehensible á los ojos de la razon y de su conciencia; y debe obedecer á las órdenes espresas de lo que hay mas esclarecido y mas moral: si es preciso un sacrificio, que este sacrificio se cumpla.

Tales son nuestros principios; son fáciles de comprender; pero ¿cuán difíciles son de realizar en su aplicacion? En este punto nuestra ciencia, tan altiva siempre, confiesa las dificultades de su marcha á través de los innumerables obstáculos producidos por la diversidad misma de las organizaciones humanas, y de la irregularidad de la accion de los modificadores. Proclamad esta ley fisiológica y moral de la armonia de las funciones, y se os entenderá de distinto modo por los mismos á quienes os dirijis; pero sereis entendido por todos, á menos que os dirijais á una organizacion tan incompleta que tenga por resultado el idiotismo. Basta para esto que la cabeza tenga menos de 18 pulgadas de circunferencia. La justicia humana absuelve al idiota. A menos tambien que el cérebro esté enfermo, porque sabemos que las alteraciones de este órgano conducen á las alienaciones mentales, y que el edema, ó infiltracion del cérebro, causa tambien la estupidez en algunos locos y probablemente en todos los hombres.

Fuera de estas condiciones, todo hombre es capaz de comprender nuestra ley fisiológica. Lo importante es conocer el carácter de cada organizacion para adoptar el modo de enseñar mas ventajoso.

Saquemos nuestros principios de la observacion de los hechos. La observacion nos prueba que, en el cérebro humano, las masas consagradas á los instintos, á las inclinaciones, á las necesidades mas apremiantes de la vida, tienen un enorme volumen y llevan ventaja con mucho á las demas; que las destinadas á la inteligencia material ó instintiva vienen en seguida con las que son propias de los sentimientos mas escéncricos; mientras que aquellas de la inteligencia superior, ó de la reflexion, presentan muy poco volumen. En confirmacion de este gran hecho general vienen los hechos particulares, que nos demuestran que, en la distribucion irregular de estas diferentes masas en los diferentes individuos, lo que se ve